



Marina en su laboratorio de Tufts University donde crea mundos virtuales que tienen como primer objetivo educar. Abajo, disfruta junto a sus hijos en las playas de Virgin Gorda, en el Caribe.

**Marina Umaschi Bers**

## Una argentina en la Casa Blanca

Inventó un mundo virtual para los chicos del *Hospital de Niños de Boston* y osos de peluche programados que cuentan cuentos para abordar el tema de la inmigración. Fue homenajeada en los Estados Unidos por sus investigaciones en materia de tecnología y educación. Desde Boston, donde vive con su marido, su mamá y sus tres hijos, habló con *Para Ti*.

[ Texto Mara Dorni Fotos Gentileza familia Umaschi Bers ]

**E**sta prolífica investigadora sabe lo que hace cuando se trata de vincular creatividad, tecnología y educación. Tanto, que el presidente norteamericano George Bush le entregó, en persona y en la sede de la *Casa Blanca*, la prestigiosa distinción que anualmente su gobierno otorga a los jóve-

nes investigadores en distintas disciplinas. Se trata del *Presidential Early Career Award for Scientists and Engineers* y la porteña Marina Umaschi Bers se lo llevó en el área de computación. El motivo es que a esta mujer, de 36 años, le sobra trayectoria: egresó como licenciada en Ciencias de la Comunicación en la *Universidad de Buenos Aires* (UBA) y hace doce años emigró a los Estados Unidos para cursar una maestría en Boston y un doctorado en el *Instituto Tecnológico de Massachusetts*. Bers es una de las argentinas que se fue a estudiar al exterior y no volvió, aunque admite que le encantaría poder pasar un año sabático en el país. Es que, pese a su convicción de que el éxito profesional y la maternidad eran metas incompatibles, Marina se enamoró y se casó con Josh, un ingeniero en sistemas estadounidense, de 36 años, y tuvo tres

chicos: Tali (6), Alan (4) y Nicolás (2).

"Cuando elegí ser madre pensé inconscientemente que estaba renunciando a gratificaciones como este premio, porque acá no es muy común, al menos en el ámbito científico, que las mujeres puedan desarrollarse profesionalmente y a la par tener una familia grande. Yo, de alguna manera, me armé el 'circo': ¡me la traje a mi mamá cerca y a mi hermano también!", cuenta por teléfono desde Boston, horas antes de tomarse unas merecidas vacaciones. Bers, además de ser profesora de informática en la *Universidad de Tufts*, trabaja en el *Hospital de Niños de Boston*, en un proyecto piloto que promete extender por todo el mapa. Se trata de *Zora*, un mundo virtual en el que los chicos que sufrieron trasplantes de órganos, y ya obtuvieron el alta hospitalaria, son estimulados para continuar





*The Presidential  
Early Career Awards  
for  
Scientists and Engineers*

JULY 26, 2006



1. Marina Bers, junto a su esposo Josh después de la entrega de premios en la sede de la Casa Blanca en Washington.

2. Su hija Tali, de 6 años, manipula un robot programado por ella misma.

con los cuidados médicos necesarios. "Muchos dejan de tomar sus remedios porque se empiezan a sentir mejor y esto es algo muy peligroso, porque puede hacer que rechacen el nuevo órgano. A partir de Zora pueden conectarse por un lado, con otros chicos post-hospitalizados y, por el otro, conversar con médicos y cirujanos a través de un foro. Es una herramienta muy importante", enfatiza Marina.

**—¿Qué más pueden hacer los chicos que participan de Zora?**

—Pueden armar su propia casa y darle vida a personajes basados en la realidad. Por ejemplo, pueden sacarle una foto a la mamá y hacerla participar de su mundo virtual. Hay un restaurante donde en el menú los chicos encuentran todas las cosas que no pueden comer.

**—Tienen que estudiar e investigar...**

—Claro, ése es el valor educacional: ellos tienen que saber, por ejemplo, qué alimentos tienen prohibidos. También pueden jugar a ser periodistas y escribir un artículo sobre lo que les preocupa y que los adultos desconocen como, por ejemplo, el temor a la anestesia total que exige una operación. Es que los chicos a través del juego dejan traslucir directa o indirectamente los miedos más íntimos. Hace poco estuve trabajando con muñecos de peluche que los mismos chicos pudieron programar con historias inventadas por ellos que, luego, el muñeco reproducía. Así ayudaron a que los chicos sobrelleven mejor la in-

temación y se relacionen entre ellos.

**—¿Con esos mismos peluches trabajaste en las escuelas primarias?**

—Sí, y me fue muy bien. Trabajé el tema de la identidad: cada chico tenía la posibilidad de contarle a otro la historia del lugar de nacimiento, de su familia y de su adaptación al país. También trabajé con la creación grupal de pequeños robots, con los cuales podían aprender nociones básicas de matemática e ingeniería.

**—¿Se venden en las jugueterías?**

—Por ahora no, aunque me ofrecieron comercializarlos varias veces. Me parece que la sociedad todavía no está preparada para utilizar este tipo de herramientas de manera correcta. Me interesa que los propios chicos creen y no que les vendan la historia ya hecha.

**—¿Tenés libertad académica para estos desarrollos?**

—Mucha. Aunque con los chicos siempre hubo un cuidado especial sobre los contenidos de cada proyecto. Todo es supervisado por psicólogos y diferentes especialistas. En el caso de Zora, los especialistas están monitoreando permanentemente el sitio, para que no se filtren consejos erróneos.

**—En este último tiempo se habla mucho de los blogs, ¿te**

**parece que pueden ser educativos?**

—Totalmente, es una herramienta excelente, porque transforma al usuario en productor en vez de someterlo a ser un simple consumidor pasivo. Desde ya que, como toda tecnología, puede usarse negativa o positivamente. Si está bien utilizada, puede servir para muchas cosas.

**—Muchos papás se quejan por no poder controlar a los chicos cuando se sientan frente a la máquina...**

—Y está bien que se preocupen, porque el rol de los padres es fundamental en el buen uso de la tecnología. Si la mamá no está nunca en la casa, probablemente jamás va a saber con exactitud qué hace su hijo con la computadora, el televisor o los videojuegos. Lo importante es tratar de acercarse al chico y ver con qué tipo de tecnología está interactuando y de qué manera, qué puede hacer con esa herramienta. Lo peor que pueden hacer los padres es temerle a la tecnología: sólo hay que enseñarles a usarla de manera correcta.

**—Tenés chicos y un marido que se dedica también a la computación, ¿cómo lo regulás?**

—En casa tenemos una sola computadora, pero los chicos saben que tienen que encenderla para cosas puntuales: les enseñamos a relacionarse con programas como el *photoshop*. Igual, todavía son chiquitos y pasan poco tiempo en casa, porque cada uno está con sus actividades.

**—¿Extrañas?**

—Sí, claro. Por suerte, con mi marido vamos a bailar tango todos los miércoles y comemos dulce de leche con varios amigos argentinos que viven por acá cerca.

**—Supongo que en tu decisión de permanecer en los Estados Unidos influye la posibilidad de desarrollo, ¿creés que podrias hacer lo mismo aquí?**

—Lamentablemente, no. A mí me gusta la vida académica y la investigación, y en la Argentina no existe el nivel de apoyo que tengo aquí, allí lo hacés por amor al arte. Creo que allí tendría que tener cinco trabajos para dedicarme a esto, así que por ahora, me quedo.

**“Lo peor que pueden hacer los padres es temerle a la tecnología: sólo hay que enseñarles a los chicos a usarla de manera correcta”.**